

# Petra Mayo Martínez, mi abuela zamorana

Carmen Josefa Tella Páez

## INTRODUCCIÓN

Un motivo más afectivo que cultural me animó a participar en este concurso y fue el deseo de homenajear a mi abuela zamorana, que tuvo una triste vida y peor final, en el Hospital Psiquiátrico de Mazorra, en La Habana, pues enloqueció al perder a sus dos hijas; a quien no conocí, pues murió antes de mi nacimiento, pero cuya historia ha sido siempre para mí motivo de fascinación, curiosidad y, por supuesto, mucha tristeza. La foto de la dedicatoria me ha permitido, al menos, saber cómo era.



Petra Mayo Martínez.

## HISTORIA DE LA VIDA DE MI FAMILIAR EMIGRANTE

Esto que voy a relatar a continuación, que casi pudiera ser valorado como una historia de ficción, es la triste realidad de la vida de mi abuela. Estuve tentada de no participar en este concurso, porque lo que iba a narrar tenía muy pocas alegrías, unido a mucho desconocimiento de los detalles que la rodearon. Pero en definitiva, fue su realidad y no creo que deba eximirme de narrarla por pena o por el dolor de que no hubiera tenido una existencia feliz. Tal vez alguien pudiera pensar que se sabe tan poco de ella por despreocupación o indolencia, pero las circunstancias que la rodearon tendieron sobre su vida un manto que hoy, al cabo de más de siete décadas, no he logrado desentrañar por completo.

En mi familia hay tres personas que emigraron de España en el siglo pasado, mi abuela y abuelo paternos y el abuelo materno. Este trabajo relatará los escasos datos que conozco de mi abuela paterna, que nació en Zamora, Casti-



Visita al Hospital de Mazorra.

lla y León. Los dos abuelos eran de Lugo, en Galicia. Por la fe de bautismo de mi padre, que localicé en la Parroquia de Güines<sup>1</sup>, pude saber que mi abuela era hija de Juan Mayo y Manuela Martínez. No he logrado tampoco saber en que fecha exacta nació, porque tendrían en el Registro Civil o parroquial de Zamora, que hacer una búsqueda de varios años, tomando como fecha media el año 1885, en que nació mi abuelo. Es posible que tuvieran la misma edad, aunque no sé si ella era menor o mayor que él. Pienso que es difícil lograr la información salvo con la ayuda de alguien allá, en la parroquia o en el Registro Civil, información solicitada desde aquí hace varios años.

Esta historia me fue llegando por frases y anécdotas perdidas en conversaciones familiares. Hay que señalar que tengo 70 años y mi abuela murió antes de mi nacimiento. Ni siquiera he podido conocer la fecha exacta, pues en el Hospital Psiquiátrico de Mazorra, donde murió, y en los Cementerios de Calabazar, Boyeros y Santiago de las Vegas, donde dicen que enterraban a las personas que morían en ese lugar, y donde traté de investigar en que fecha ocurrió, me informaron que los controles que poseían eran posteriores a 1940. Tampoco apareció en el Cementerio de Colón, donde me hicieron la búsqueda.

Mi abuela zamorana se llamaba Petra Mayo Martínez. Se casó con Franco Tella Amor, gallego, y llegaron a Cuba a principios del pasado siglo, pienso que tal vez buscando mejores condiciones de vida, trayendo a sus dos hijas mayores, Josefa y Manuela Tella Mayo y venía embarazada de mi padre. No sé por dónde entraron al país, tal vez fue por La Habana, pero se radicaron en Güines, actual provincia de Mayabeque, donde nació mi papá, el 11 de diciembre de 1912. Aparece bautizado en la parroquia de este lugar el 27 de enero de 1913 y después regresaron a España, aunque desconozco donde se radicaron allá.

Su regreso a Cuba, del que tampoco tengo fecha exacta, tiene que haber sido después de 1920, pues ya no venía la hija mayor, Josefa, que murió duran-

<sup>1</sup> Ciudad cubana, también conocida como San Francisco Javier y San Julián de los Güines. Se localiza en la provincia de Mayabeque, a unos 30 km al sur de La Habana. (N.E.)

te la epidemia de influenza que devastó España entre 1918 y 1919.

Se radicaron en Cárdenas, provincia de Matanzas y es muy posible que hayan entrado por ese lugar, pues fue puerto de entrada de muchos emigrantes españoles. A los pocos años murió aquí, en Cuba, la otra hija, Manuela, y mi abuela enloqueció. Cuentan que vivía como alelada, sin hablar apenas y dando paseos por el andén de los ferrocarriles, pues mi abuelo era ferroviario y ellos vivían en una de las casas que albergaban a los trabajadores de este sector.

La explicación del desconocimiento alrededor de mi familia paterna, radica en lo siguiente. Para mi padre era en extremo doloroso hablar de ese tema, que evitaba siempre que se hacían preguntas, pues mi abuela ingresó en el Hospital Psiquiátrico de Mazorra, porque en un ataque de locura agredió a mi abuelo, sin consecuencias fatales, pero, aunque hasta ese momento era pacífica, al realizar esa acción la consideraron un peligro y obligaron a que la internaran. En aquellos tiempos, década del treinta, no existían hospitales de día ni los tratamientos actuales, eran solo mi papá y mi abuelo para atenderla y ambos trabajaban, por lo que comenzó el sufrimiento de mi padre, que lo marcó de por vida y, para evitarle esa pena, no preguntábamos nada al respecto. Él venía desde Cárdenas todas las semanas a ver a mi abuela, con la que pasaba el día, le traía alimentos, la bañaba y perfumaba, paseaba con ella por los jardines y después regresaba a Cárdenas en el tren. Los años que estuvo internada fueron deteriorando su salud y allí murió. Mis padres, por el luto, suspendieron la boda, que realizaron en 1940, por lo que debe haber muerto a finales de la década del 30.

La siguiente fotografía fue tomada en los jardines del Hospital de Mazorra, en una de esas visitas dominicales que le realizaba mi padre.

La siguiente, es la única foto familiar que poseo, donde aparecen mis abuelos, mis tías y mi padre, cuando eran niños todavía.

Otra de las cuestiones que alguna vez oí en esas historias perdidas, era que mi abuela había sido un poco estigmatizada por parte de su familia, por-



Esta es mi tía Josefa, ya una mujer, que murió en España, durante la epidemia de influenza (1918-1919).

<sup>2</sup> La autora se refiere a la denominada “gripe española”, un brote del virus Influenza A, del subtipo H1N1. Es la pandemia con mayor mortalidad que ha sufrido la Humanidad. Se extendió entre 1918 y 1920 por todo el mundo, con estimaciones que varían entre los 50 y los 100 millones de fallecidos. (N.E.)

que se había casado con mi abuelo, que era un jornalero pobre. Por las ropas de esta foto, tanto de ella como de mis tías, el encaje de sus vestiditos, puede verse que quizá era de una familia con algunas posibilidades. Era elegante, su vestido largo y su peinado, que puede verse mejor en la foto de la dedicatoria, indican que no debe haber sido una mujer que trabajara en el campo.

Mi madre, como era costumbre de la época, tuvo un largo noviazgo con mi padre, llegó a conocer a mi abuela. Muchas veces le escuché decir, con admiración: “¡Tu abuela era una castellana...!”.

Es bien doloroso tener tan pocas imágenes de mi familia paterna, pero en aquella época no había la costumbre de fotografiarse, al menos las familias pobres no podían hacerlo, pues lo que ganaban sólo alcanzaba para la manutención de la familia. Mi abuelo y mi padre eran obreros. Y pienso que una vida de tantas pérdidas y tanta tristeza, tampoco habría deseos de plasmarla en imágenes, aunque tuviera las posibilidades económicas para hacerlo.

He tratado de imaginarme muchas veces cómo fue su historia. Si, como dicen, la familia no estuvo de acuerdo con su matrimonio porque mi abuelo era un jornalero pobre, ahí deben haber comenzado sus penurias. Los inicios sin posibilidades económicas, el nacimiento de dos hijas y ya embarazada de mi padre, vienen a Cuba, posiblemente tratando de encontrar mejores condiciones de vida.

El pronto regreso a España, tal vez evidencie que las cosas aquí estaban también difíciles y no vieron muchas perspectivas de mejoría económica, por lo que deben haber optado por regresar al terruño, con la esperanza de encontrar allí, si no mejores posibilidades de vida, al menos la paz del reencuentro con la patria.

Con el dolor de la muerte de su hija mayor y tal vez la misma o peor situación económica, regresan, con idéntica esperanza, pienso yo, de poder encontrar aquí una situación más llevadera, alentados por las historias de otros emigrantes que habían tenido mejor suerte en ese empeño.

No es mucho más lo que puedo aportar a esta historia, salvo la parte afectiva, pues, aunque pudiera ser difícil de creer, siempre he tenido hacia mi abuela una especie de veneración. Los que la conocieron me decían que me parezco físicamente a ella y a mi tía Josefa, salvo los ojos verdes de ambas. Fue la persona que hubiera querido conocer, que me llevara a pasear, haber intercambiado con ella esa relación entre abuela y nieta que resulta tan gratificante, la de quien siempre te ampara y te protege cuando los padres están bravos por algo que hayas hecho, la que siempre es tu cómplice y cofre de tus inquietudes, con la que hablas con más facilidad que con los propios padres. ¡Cuánto me gustaría que, de alguna forma, pudiera averiguar cuándo nació, si tenía hermanos, cómo vivieron, si hay descendientes, si existe alguien con quien pudiera comunicarme antes de morir, ya tengo 70 años, y poder decirle a algún descen-

diente de su familia, cómo fue su vida, qué duro la llevó el destino, cómo sufrió las pérdidas de sus hijas y el triste final que tuvo!

Siempre he soñado que, si hubiéramos coincidido en nuestra época de vida, si hubiera podido conocerla, hubiera sido mi heroína, la hubiera adorado, para aliviar un poco toda la tristeza que signó su vida, dándole el cariño de sus hijas que murieron y estoy segura que nuestra relación habría estado regida por mucho amor entre ambas. Estoy segura de ello.



Fotografía de mis abuelos, mis tías y mi padre.